En memoria a Quim y Nina que dedicaron su vida para ver crecer sus hijos en un mundo sin guerras buscando siempre los sueños de libertad.

A: Liliane (mi madre) por contarme esta bonita historia que me inspiro a escribirla, a mi tía Nuria por ser siempre una inspiración y una adulta en un cuerpo de niña y poder cuidar de sus hermanos menores (Jacky & Liliane), a Enrique ese tío que no conocimos, a jacky por preocuparse siempre por la poupee, y por ser como es con todos. A Alfie (Alfredo por tu música y grandioso talento, te extrañamos hermano.) Y a Paola por mostrarnos toda tu luz, tu inmenso amor y devoción a la lectura, te extrañamos y siempre estarás en nuestros corazones.

Quim & Nina

Una Historia de Amor en Tiempos de Guerra

Por

José Rafael Barranco Rico

con la Colaboración de

Freddy José Barranco Rico

Hermanos.

Indice

Prologo 11

Capitulo I 15

Capitulo II 31

Capitulo III 41

Prólogo

Vengo a contarles una historia real, una que me cautiva cada vez que la recuerdo, como si sus ecos aún resonaran en mi corazón. Es la historia de Quim y Nina, dos almas nacidas en las calles vibrantes de Barcelona, España, donde el aroma del pan fresco y el rumor del mar eran tan parte de ellos como su propia risa. No eran héroes de novelas ni figuras de mármol, sino personas comunes que enfrentaron tiempos extraordinarios —guerras que rasgaron su mundo, exilios que los empujaron lejos, y un amor que, como un farol en la tormenta, y los sueños de libertad nunca se apagó.

Esta no es solo una historia de batallas y huidas, aunque las hay, con bombas cayendo y barcos cruzando océanos. Es un relato de manos que se buscan en la oscuridad, de risas

que desafían el miedo, de un hombre que contaba cuentos con un cigarrillo encendido y una mujer que curaba heridas con hilo y esperanza. Desde las plazas adoquinadas de Cataluña hasta las palmeras de Venezuela, Quim y Nina construyeron un hogar donde la libertad no era solo un sueño, sino un latido diario.

Sus hijos —Nuria, Jacky, Liliane— llevaron esa chispa, y yo, que guardo sus recuerdos, siento su calor cada vez que pienso en ellos.

Algunos nombres, detalles y situaciones han sido cambiados por protección a la familia y al autor, pero la esencia de su vida —su coraje, su alegría, su amor— brilla sin filtros. Les invito a caminar con ellos, a sentir el polvo de Barcelona bajo sus pasos, desde las tardes cálidas de Barcelona, el frio del invierno francés, el viento del Atlántico en su piel, y el sol venezolano que, al final, los

acogió. Esta es una historia real, una que me cautiva y espero que los cautive también, porque nos recuerda que, incluso en los tiempos más oscuros, siempre hay un lugar para el amor y la esperanza.

Capítulo I

La Historia Comienza en el verano del 1936, Barcelona era un mosaico de contrastes. El sol brillaba con fuerza sobre las calles adoquinadas, arrancando destellos dorados de los edificios modernistas diseñados por Gaudí y Domènech i Montaner, mientras los mercados, como el de La Boquería, bullían con una vitalidad que desafiaba la sombra de la guerra. Sin embargo, bajo esa aparente normalidad, una tensión invisible se deslizaba entre los habitantes de la ciudad. Las noticias del inminente estallido de la Guerra Civil Española corrían como un incendio forestal: el país se partía en dos, dividido entre republicanos, que defendían una democracia laica, y nacionalistas, respaldados por las potencias fascistas de Italia y Alemania, que anhelaban restaurar un orden autoritario. En las Ramblas, los cafés seguían abiertos, pero las conversaciones estaban

impregnadas de ansiedad. Los discursos encendidos de los líderes políticos resonaban en las plazas, las marchas de milicianos llenaban las calles de pasos firmes, y el eco lejano de disparos comenzaba a formar parte del paisaje sonoro de la ciudad.

Quim, un joven de aproximadamente veinticinco años, caminaba por esas calles con la seguridad de quien conoce cada rincón de su hogar. Su rostro, de rasgos angulosos y bronceados por el sol, estaba enmarcado por una mata de cabello oscuro que siempre parecía despeinada, como si el viento de la ciudad se hubiera confabulado para desordenarlo. Sus ojos, de un marrón profundo, tenían una intensidad que podía ser tanto cálida como desafiante, dependiendo de la situación.

Sus manos, grandes y callosas, contaban la historia de un hombre que había crecido trabajando. Provenía de una

familia de cocheros, una estirpe que, en generaciones pasadas, había recorrido las calles de Barcelona transportando a turistas y locales en carretas tiradas por caballos. Aquellos tiempos, cuando el repiqueteo de los cascos era la banda sonora de la ciudad, habían quedado atrás, reemplazados por el rugido de los motores a gasolina. Los coches, con sus carrocerías relucientes y sus máquinas intrincadas, habían transformado el paisaje urbano, y Quim, lejos de lamentarlo, había abrazado el cambio con entusiasmo.

Desde niño, Quim había mostrado una fascinación por todo lo mecánico. En el taller donde trabajaba, un garaje polvoriento en el barrio del Raval, desmontaba motores con una precisión quirúrgica, ajustando piezas con una destreza que dejaba boquiabiertos a los mecánicos más experimentados. Sus compañeros lo apodaban “el mago de

los motores", y él, con una sonrisa ladeada, aceptaba el cumplido sin alardear.

Para Quim, los coches no eran solo máquinas; eran un símbolo de progreso, de un mundo que avanzaba hacia algo mejor, aunque ese mundo ahora estuviera al borde del colapso. "Tiene gasolina en las venas", decían sus amigos entre risas, y él respondía con un guiño, como si ese fuera el mayor elogio que podía recibir.

Pero Quim no era solo un mecánico habilidoso. Bajo su exterior despreocupado, había un espíritu inquieto, un joven de temperamento fuerte que no toleraba las injusticias. Se había declarado republicano de corazón, convencido de que la lucha por la democracia era la única vía para garantizar un futuro digno para los hijos de trabajadores como él. No era un hombre de grandes discursos ni conocía las sutilezas de la política sus ideas

eran más instintivas que razonadas, pero su convicción era inquebrantable. En una España dividida, donde los republicanos enfrentaban a los nacionalistas en una guerra fratricida, Quim había elegido su bando sin vacilar. Sus amigos, algunos de los cuales se habían unido a las milicias, lo admiraban por su valentía, pero también lo temían, porque su carácter impulsivo a veces lo llevaba a enfrentarse a quienes no debía.

En casa, las comidas con su familia eran un reflejo de su personalidad. La mesa, cubierta con un mantel desgastado, estaba puesta con lo poco que podían reunir en tiempos de escasez: un plato de lentejas aguadas, un trozo de pan duro y, en los días buenos, un puñado de aceitunas.

Mientras sus padres, agotados tras jornadas interminables, servían la comida, Quim solía iniciar el mismo ritual. “Quim, lávate las manos, que las traes llenas de grasa”, decía

su madre, con un suspiro que mezclaba cansancio y cariño. Él, con una chispa traviesa en los ojos, respondía: “Vamos, mamá, prefiero llevar las manos llenas de la grasa de los coches que recoger mierda de caballo”. La frase, dicha con un tono pícaro, arrancaba risas a sus hermanos menores, pero provocaba una mirada severa de su padre, que aún recordaba con nostalgia los días en que los caballos eran el orgullo de la familia. Para su padre, el cambio a los automóviles no solo había transformado su oficio, sino que había roto una conexión con el pasado, una tradición que él había heredado de su padre y que no había podido transmitir a sus hijos.

A pocos kilómetros de allí, en el corazón del Eixample, vivía Nina, una joven de unos veintidós años cuya presencia parecía traer calma incluso en los momentos más caóticos. Nina era enfermera en el Hospital de Sant Pau, un edificio

majestuoso pero abarrotado que, con el estallido de la guerra, se había convertido en un hervidero de heridos, gritos y desesperación. Su rostro, de facciones suaves y piel pálida, estaba enmarcado por un cabello castaño que llevaba recogido en un moño práctico, aunque algunos mechones rebeldes siempre lograban escapar. Sus ojos, tenían una serenidad que contrastaba con el frenesí del hospital. Sus manos, ágiles y precisas, se movían con la destreza de quien había aprendido a coser heridas y vendar fracturas bajo presión.

Nina había aprendido el oficio de la enfermería en un convento, donde la Cruz Roja Internacional ofrecía cursos para mujeres jóvenes dispuestas a servir en tiempos de crisis. Huérfana desde que tenía memoria, Nina había crecido entre las paredes frías del convento, bajo la tutela de monjas estrictas pero bondadosas. La historia oficial era

que sus padres habían muerto en un accidente, pero los rumores, susurrados en los pasillos del convento, sugerían otra verdad: Nina podría ser la hija ilegítima de un noble, quizás un conde o un aristócrata cercano a la realeza, que había querido borrar su existencia para evitar un escándalo. En aquella España conservadora, no era raro que los hijos no deseados de las élites fueran abandonados en instituciones religiosas. Nina, sin embargo, no tenía pruebas de su origen, y aunque los rumores la intrigaban, había aprendido a vivir con el misterio. “El pasado no me define”, solía decirse, aunque en las noches de insomnio, cuando el peso de la guerra y la soledad se hacían insoportables, se preguntaba quiénes habrían sido sus padres y por qué la habían dejado atrás.

El destino, caprichoso como siempre, quiso que los caminos de Quim y Nina se cruzaran en el mercado de La

Boquería, un lugar que, a pesar de la guerra, seguía siendo el corazón palpitante de Barcelona. Los puestos, aunque más vacíos que en tiempos de paz, aún ofrecían lo esencial: aceitunas arrugadas, pan duro, pescado salado y unas pocas verduras marchitas. Los vendedores, con sus voces roncas, pregonaban sus mercancías con una mezcla de optimismo y resignación, mientras los compradores, con rostros cansados, regateaban por cada céntimo. Quim había ido al mercado en busca de aceitunas, un pequeño lujo que le recordaba los días en que su familia podía permitirse pequeños caprichos. Nina, por su parte, buscaba materiales de higiene jabón, trozos de tela para vendas improvisadas para llevar al hospital, donde los suministros escaseaban cada día más.

Fue en un pasillo estrecho, entre el bullicio de los vendedores y el murmullo de los compradores, donde sus

vidas colisionaron. Quim, distraído por el aroma de las especias, tropezó ligeramente al intentar esquivar a un anciano que cargaba un cesto de nabos. Nina, con reflejos rápidos, lo sostuvo por el brazo para evitar que cayera. “Cuidado, que el suelo está traicionero hoy”, dijo ella con una sonrisa amable. Quim, recuperando el equilibrio, levantó la vista y se encontró con los ojos de Nina. Por un instante, el mundo pareció detenerse. No hubo palabras, solo un reconocimiento silencioso, una chispa que ninguno de los dos pudo explicar. “Gracias”, murmuró Quim, un poco avergonzado, y Nina asintió antes de seguir su camino. Pero ambos, sin saberlo, se llevaron algo del otro: una curiosidad, una sensación de que ese encuentro no sería el último.

La guerra avanzaba con una crueldad implacable. Los bombardeos aéreos, cortesía de los aviones enviados por

Mussolini y Hitler, se convirtieron en una amenaza constante. Las sirenas resonaban en la noche, arrancando a los habitantes de Barcelona de sus camas y enviándolos a refugiarse en los túneles oscuros y húmedos que salpicaban la ciudad. En uno de esos refugios, un espacio claustrofóbico iluminado por lámparas de aceite, Quim y Nina volvieron a encontrarse. El destino, o quizás la casualidad, los había reunido de nuevo.

Sentados en el suelo frío, con el eco de las explosiones lejanas resonando en las paredes, comenzaron a hablar. Quim, con su voz grave, habló de su hermano mayor, Joan, que había muerto en los primeros enfrentamientos cerca del río Ebro. “Era el valiente de la familia”, dijo, con un nudo en la garganta. “Siempre decía que íbamos a ganar esta guerra, que íbamos a construir un país mejor”. Nina, con una calma que parecía desafiar el caos, compartió su

propia pérdida: la monja Teresa, la única persona que había sido como una madre para ella, había muerto atendiendo a los heridos durante un bombardeo. “Nunca se rindió”, dijo Nina, con los ojos brillantes. “Ni siquiera al final”.

Esas conversaciones, nacidas del miedo y la vulnerabilidad, los unieron de una manera que ninguno esperaba. En los días siguientes, comenzaron a buscarse en los refugios, en los mercados, en las calles destrozadas de la ciudad. Lo que empezó como una amistad forjada en la adversidad pronto se transformó en algo más profundo.

Quim encontraba en Nina una calma que su espíritu inquieto nunca había conocido, un ancla en medio de la tormenta. Nina, por su parte, veía en Quim una fuerza que le daba esperanza, un recordatorio de que, incluso en los peores momentos, la vida podía seguir siendo hermosa.

Los días pasaban, y aunque la guerra no daba tregua, Quim y Nina se aferraban a los pequeños momentos: una sonrisa compartida en el mercado, un roce de manos al pasar una hogaza de pan, un silencio cómplice bajo el rugido de los aviones. En medio del hambre, el frío y la incertidumbre, descubrieron que podían ser el refugio del otro. Cada encuentro, por breve que fuera, era un acto de resistencia, una forma de decirle al mundo que el amor podía florecer incluso en los escombros.

A medida que el conflicto se intensificaba y Barcelona se convertía en un campo de batalla, Quim y Nina enfrentaron decisiones cada vez más difíciles. La ciudad que ambos amaban estaba en ruinas, y la idea de abandonarla comenzaba a tomar forma.

Algunos de sus conocidos ya habían huido a Francia, cruzando los Pirineos en busca de seguridad, pero la idea de

dejar atrás todo lo que conocían era desgarradora. Sin embargo, antes de que pudieran siquiera imaginar un futuro lejos de España, su vínculo se fortaleció hasta convertirse en una promesa tácita: pase lo que pase, estarían juntos.

Y así, mientras Barcelona luchaba por sobrevivir a las heridas de la guerra, Quim y Nina comenzaron a soñar con una nueva vida. En los momentos de quietud, cuando las sirenas callaban y el cielo se despejaba, hablaban de un futuro donde la paz fuera posible, donde pudieran construir un hogar lejos del dolor y la destrucción. Su amor, forjado en los días más oscuros, se convirtió en su mayor victoria, una luz que brillaba incluso en la noche más negra.



Capítulo II

Barcelona ardía bajo el peso de la Guerra Civil, sus calles convertidas en un tablero de escombros y miedo. Las sirenas rasgaban la noche, y el humo de las bombas oscurecía el cielo que Quim y Nina, alguna vez, miraron con sueños de juventud. Pero en ese infierno, su amor era un refugio.

Decidieron casarse, no con la grandeza que Nina pudo haber imaginado de niña, jugando entre los muros del convento, sino en una iglesia pequeña, con un cura amigo de Quim que arriesgaba su sotana por oficiar para rebeldes. No había flores frescas, solo un ramo marchito rescatado por una vecina, y el vestido de Nina, un traje remendado con puntadas desiguales, era prestado. Sus votos, sin embargo, resonaron como un desafío al caos: firmes, vivos, eternos. Para Nina, huérfana criada por monjas, ese “sí” era

el hogar que siempre buscó. Para Quim, con su sonrisa pícara y las manos manchadas de grasa, Nina era el faro que lo guiaba entre las sombras de la guerra.

La llegada de Nuria, meses después, trajo un milagro que parecía imposible. Sus ojos grandes, herencia de Nina, y su risa, que desafiaba las sirenas, llenaron su piso en las afueras de Barcelona un lugar de paredes agrietadas y tejado goteante de una alegría frágil pero luminosa. Quim, alzándola como si fuera un trofeo, la llamó “mi mundo feliz”. Nina, cosiendo ropita con retazos del mercado, le cantaba cuentos de un mundo sin fusiles, meciéndola junto a la ventana en las raras noches de silencio. Durante esos primeros años, la familia vivió en una burbuja delicada, riendo entre las grietas, soñando con un futuro que la guerra no podía tocar. Pero España, partida por la Guerra Civil, no era tierra para esperanzas.

Quim, con su corazón indomable, no podía callar. Sus ideas de libertad que no encajaban con los republicanos, los falangistas, ni la corona lo llevaron a reuniones secretas en sótanos húmedos y talleres abandonados. Allí, con amigos de mirada encendida, planeaban actos pequeños pero audaces: cortar líneas de teléfono, repartir panfletos que gritaban verdades prohibidas. Nina, aunque temblaba por él, lo apoyaba en silencio, escondiendo mensajes en dobladillos que ella misma cosía.

Pero la sombra los alcanzó una noche, cuando golpes urgentes sacudieron la puerta. Era Josep, un amigo de Quim, con el rostro cenizo. “Te han delatado, Quim. Tu nombre está en una lista. Vienen por ti mañana”. Nuria, dormida en su cuna, no oyó el latido acelerado de sus padres, pero el peligro, antes un rumor, ahora era una garra en sus gargantas.

Quim y Nina sabían que quedarse era condenarse. Francia, al otro lado de los Pirineos, ofrecía un refugio incierto, pero era su única salida. Los caminos montañosos estaban vigilados por patrullas armadas, y Quim, con su nombre en una lista negra, no podía arriesgarse a cruzar con ellas. “Nina, lleva a Nuria primero”, dijo, con los ojos brillando de miedo y amor. “Yo encontraré la forma”. Ella, con el corazón partido, asintió, pero sellaron un pacto bajo la luz temblorosa de una lámpara: si se separaban, se encontrarían al anochecer en el campanario del primer pueblo francés tras la frontera. Quim besó la frente de Nuria, que balbuceaba en sueños, y abrazó a Nina con una fuerza que prometía volver. “No me pierdas, amor”, susurró ella. “Nunca”, respondió él, y la puerta se cerró tras ella como un telón.

Nina no partió sola. Las monjas del convento donde creció, mujeres de fe endurecida por la guerra, arriesgaron sus vidas para salvarla. Sor Clara, de mirada firme, y Sor Inés, con manos que temblaban pero no cedían, tramaron un plan peligroso: Nina viajaría en una carreta de mercaderes, disfrazada de monja, con Nuria escondida entre sacos de trigo y telas. Al amanecer, la carreta, tirada por dos caballos famélicos, salió de Barcelona, traqueteando por senderos de montaña que olían a polvo y pánico. Nina, con un hábito prestado que le colgaba como un sudario, rezaba en silencio, no por dogma, sino por su hija, envuelta en mantas bajo las mercancías. Sor Clara, sentada al frente, hablaba con los mercaderes en tono sereno, mientras Sor Inés vigilaba el camino, apretando un rosario como si fuera un escudo.

El viaje era una pesadilla. Las patrullas falangistas, con botas pesadas y perros que olfateaban el aire, acechaban los pasos montañosos. El viento cortaba como cuchillas, y el hambre apretaba tras horas sin comer. En un cruce, cerca de un puente derrumbado, unos soldados detuvieron la carreta, sus linternas rasgando la oscuridad. “¿Qué llevan?”, ladró uno, hurgando los sacos con una bayoneta. Nina, con la cabeza gacha, fingió murmurar plegarias, mientras Nuria, milagrosamente callada, se apretaba contra su pecho bajo las telas. Sor Clara, con una calma que desafiaba el miedo, mostró un permiso falso, diciendo que llevaban provisiones para un convento en la frontera. El soldado, con ojos de lobo, pinchó un saco, a centímetros de Nuria, y Nina sintió su alma detenerse. Sor Inés, rápida, alzó el rosario: “Dios ve todo, señor”. El hombre, inquieto, gruñó y los dejó pasar, pero el traqueteo de la carreta no calmó el temblor de Nina.

El frío de los Pirineos era un enemigo más. Las piedras afiladas cortaban los pies de Nina, incluso bajo el hábito, y el llanto de Nuria, hambrienta y helada, rompía el silencio de la noche. En un momento de puro agotamiento, junto a un arroyo congelado, Nina se detuvo para mojar un pañuelo y refrescar el rostro de su hija. “Aguanta, pequeña, lo lograremos”, susurró, con lágrimas que no dejó caer. Sor Clara le pasó un mendrugo de pan, y Sor Inés, tocándole el hombro, dijo: “Eres fuerte, Nina. Como ella”. Bajo una luna pálida, cruzaron la frontera, guiadas por un pastor francés que conocía la red de exiliados. En un convento al sur de Francia, monjas españolas y francesas las recibieron con sopa caliente y una cama. Nina, con Nuria dormida en sus brazos, se permitió un suspiro, pero su mente estaba con Quim, atrapado en España.

Quim, mientras tanto, se convirtió en una sombra. Su nombre en una lista negra lo obligaba a deslizarse entre escondites: un sótano en Badalona, una granja en las afueras, la buhardilla de un amigo en Tarragona. La fiebre lo acosaba, fruto de años de hambre y noches al raso, y una tos seca lo delataba en el silencio. Sus amigos, leales pero asustados, lo protegían, mientras él escribía notas breves a Nina, pasadas por un cura que cruzaba la frontera. “Cuida de Nuria, amor. Estoy bien”, mentía, ocultando el hambre y el miedo. Pasaron semanas tres, tal vez cuatro, cada día un nudo en el pecho de Nina. En el convento, ella ayudaba como enfermera, vendando heridas y calmando fiebres, pero cada noche subía al tejado, mirando hacia los Pirineos, buscando una señal. Las monjas, con gestos suaves, le daban tareas para mantenerla ocupada, pero su corazón latía al ritmo de una pregunta: ¿dónde está Quim?

En el convento, entre muros de piedra que olían a pan y oraciones, Nina aferraba la esperanza. Nuria, ajena al peligro, balbuceaba sus primeras palabras, y Nina, cosiéndole un vestidito con restos de tela, le hablaba de su padre. “Está viniendo, pequeña. Nos encontrará”. Pero la incertidumbre pesaba como el plomo. Cada crujido de la puerta la hacía girar, cada carta que llegaba era una chispa que se apagaba al no ser de él. Las monjas, viendo sus ojos hundidos, le decían: “Ten fe, Nina”. Ella sonreía, pero su fe no estaba en el cielo, sino en el pacto del campanario, en la promesa de Quim de no rendirse. Mientras tanto, al otro lado de la frontera, él luchaba contra el tiempo, el frío y las patrullas, buscando un paso para reunirse con su familia. La guerra los había separado, pero su amor, como un hilo invisible, seguía tirando, esperando el momento en que volvieran a entrelazarse.

Capítulo III

En el convento del sur de Francia, las noches eran un lienzo de silencio roto solo por el murmullo de las oraciones y el crujir de los árboles bajo el viento.

Nina, con Nuria dormida en una cuna improvisada, pasaba las horas junto a una ventana, mirando hacia los Pirineos, donde Quim seguía atrapado. Habían pasado semanas como cuatro, tal vez cinco, cada día un peso en su pecho desde que se separaron en Barcelona, con el pacto de reunirse al anochecer en el campanario del primer pueblo francés tras la frontera. Las monjas, con su bondad callada, le daban tareas para mantenerla ocupada: coser vendas, moler trigo, cuidar a otros exiliados enfermos. Pero Nina vivía para las cartas, breves y raras, que un cura traía desde España. “Cuida de Nuria, amor. Pronto estaré allí”, decía la última, con la letra torcida de Quim, pero ella sabía que

escondía más de lo que confesaba. Cada noche, mientras Nuria balbuceaba sueños, Nina susurraba al vacío: “Sigue vivo, amor. Ven a nosotras”.

En España, Quim era un fugitivo, una sombra deslizándose por un país roto. La Guerra Civil había convertido Barcelona en un campo de ruinas, y su nombre, manchado por panfletos y sabotajes, estaba en una lista negra que los falangistas cazaban con saña. Escondido en un sótano en Badalona, luego en una granja cerca de Girona, y después en la buhardilla de un amigo en Tarragona, vivía con el aliento contenido. La fiebre lo acosaba, un eco de hambre y noches al raso, y una tos seca lo delataba en los silencios. Sus amigos, leales pero temerosos, lo protegían, pero cada día era un riesgo. Una noche, en un escondite nuevo, oyó botas en la calle y voces que preguntaban por “el catalán rebelde”. El corazón le

martilleó, pero un vecino, con un gesto rápido, lo cubrió con mantas bajo un montón de leña. Las patrullas pasaron, pero Quim supo que el tiempo se agotaba. Francia, donde Nina y Nuria lo esperaban, era su única salida.

Cruzar los Pirineos no era solo un viaje; era una apuesta contra la muerte. Las patrullas vigilaban los pasos, los perros olfateaban traidores, y el invierno mordía con dientes de hielo. Quim, con la ropa raída y un hatillo con pan duro, encontró ayuda en un cura joven, mossèn Pere, que conocía su historia por el convento de Nina. “Eres un loco, Quim, pero uno con suerte”, dijo, entregándole un mapa garabateado y el nombre de un contrabandista, Martí, que guiaba exiliados por dinero o fe. Martí, un hombre de rostro curtido y ojos que no parpadeaban, aceptó llevarlo por una suma que Quim pagó con lo último que le quedaba: un reloj de su padre, lo único que no había vendido en la

guerra. “Si mueres, no es mi culpa”, gruñó Martí, pero Quim, con una chispa en los ojos, respondió: “No moriré. Tengo un pacto que cumplir”.

La huida comenzó al anochecer, bajo un cielo sin luna que los ocultaba pero también los cegaba. Martí guiaba a un grupo pequeño: Quim, una mujer mayor con un hijo lisiado, y dos hermanos que no hablaban. Caminaban por senderos de cabras, entre rocas que cortaban como cuchillos y vientos que helaban el aliento. Los perros de las patrullas ladraban a lo lejos, y cada crujido era una amenaza. En la primera noche, cerca de un río helado, Martí los hizo esconderse bajo un saliente cuando una patrulla pasó a metros, sus linternas barriendo la nieve. Quim, apretado contra la roca, pensó en Nuria, en su risa, y en Nina, en su mirada que lo anclaba. “No me rendiré, amor”, murmuró, con la tos contenida quemándole el pecho. Martí, al verlo

temblar, le pasó un trago de aguardiente. “Guarda el aire, catalán. Lo vas a necesitar”.

El segundo día fue peor. Una tormenta los atrapó en un paso alto, con nieve que cegaba y un frío que entumecía las manos. El hijo de la mujer mayor, un chico de quince años, tropezó y se torció un tobillo, gimiendo de dolor. Los hermanos querían dejarlo, pero Quim, con una furia que sorprendió a Martí, lo cargó en la espalda. “Nadie se queda”, gruñó, aunque cada paso era un martirio. La fiebre lo mareaba, y el peso del chico lo hundía en la nieve, pero recordaba a Nuria, envuelta en mantas, y a Nina, cruzando sola con ella. “Si ella pudo, yo puedo”, se repetía, apretando los dientes. Martí, impresionado, le dio una manta raída para cubrir al chico, y siguieron, con el viento aullando como un lobo.

La tercera noche, cerca de la frontera, el peligro los alcanzó. Una patrulla falangista, alertada por un traidor, los emboscó en un claro. Martí, con un instinto de zorro, gritó: “¡Corran!”. Los hermanos se dispersaron, la mujer mayor cayó de rodillas, y Quim, aún cargando al chico, se lanzó tras unas rocas. Los disparos cortaron el aire, y un perro, suelto, olfateó cerca. Quim, con el corazón en la garganta, cubrió la boca del chico para silenciar su gemido, mientras rezaba no a Dios, sino a Nina que el perro pasara de largo. Un disparo rozó la roca, arrancando esquirlas, y Quim sintió la muerte susurrarle al oído. Pero Martí, desde otro escondite, lanzó una piedra lejos, distrayendo a los soldados. La patrulla, maldiciendo, se alejó, y Quim, con las piernas temblando, siguió corriendo, con el chico a cuestas, hasta que la frontera quedó atrás.

En Francia, exhausto y demacrado, Quim llegó al amanecer, guiado por un pastor que conocía la red de exiliados. El convento, un edificio de piedra gris, apareció como un sueño entre la niebla. Quim, con la ropa rota y la cara hundida por el hambre, apenas podía caminar, pero su corazón latía con una sola palabra: Nina. Las monjas, al verlo, corrieron a ayudarlo, ofreciéndole agua y un trozo de pan. “¿Nina? ¿Nuria?”, preguntó, con la voz rota. Una hermana, con una sonrisa suave, señaló el patio. Allí estaba Nina, cosiendo una sábana bajo un roble, con Nuria jugando a sus pies, persiguiendo una mariposa.

El reencuentro fue un instante que detuvo el tiempo. Nina, al verlo, dejó caer la sábana, con las manos temblando. “¿Quim?”, susurró, como si temiera que fuera un espejismo. Él, con lágrimas que no escondió, cruzó el patio en tres pasos. Se abrazaron con una fuerza que

borraba las semanas de miedo, con Nuria, riendo sin entender, apretada entre ellos. “Lo logré, amor”, dijo Quim, tocándole la cara como si necesitara comprobar que era real. “Nunca dudé”, mintió Nina, con la voz quebrada, y lo besó, mientras las monjas, con ojos húmedos, se retiraban para darles espacio. Nuria, tirando de la manga de Quim, balbuceó: “¡Papá!”. Él la alzó, riendo entre sollozos, y por un momento, la guerra, las listas negras, los Pirineos, se desvanecieron. Estaban juntos, vivos, y eso era todo lo que importaba.

Las monjas, prácticas como siempre, les dieron una sopa caliente y una cama, pero advirtieron que un hombre en el convento era un riesgo. “Hay un pueblo cerca, con exiliados como vosotros”, dijo Sor Marie, la superiora. “Allí estaréis seguros”. Quim, con Nina a su lado y Nuria en brazos, asintió, aún débil pero entero. La guerra los había separado,

los había herido, pero no los había roto. Mientras el sol subía, bañando el patio en luz, caminaron hacia el pueblo, con las manos entrelazadas y el pacto del campanario cumplido. Francia, con sus viñas y sus sombras, era un nuevo comienzo, y ellos, juntos, estaban listos para enfrentarlo.

Capítulo IV

El sur de Francia, donde Quim, Nina, y Nuria habían encontrado un frágil refugio tras cruzar los Pirineos, era un mosaico de viñas y susurros de exiliados. Pero en esos años, la Segunda Guerra Mundial rompió esa calma como un trueno. Los tanques nazis rodaban por París, y el eco de las botas alemanas llegó hasta los pueblos más pequeños, trayendo sirenas, miedo, y rumores que helaban la sangre. Entre los exiliados españoles, se hablaba de listas: nombres de republicanos que Franco quería recuperar, entregados por los nazis como trofeos.

Quim, con su pasado de panfletos y sabotajes en Barcelona, sintió el peligro como un nudo en el pecho. “No podemos quedarnos, Nina”, dijo una noche, con Nuria dormida entre mantas. “Si nos encuentran, es el fin”. Nina, con el rosario en la mano, asintió, aunque la idea de otra

huida le pesaba como plomo. Rennes, una ciudad al noroeste, aún libre de la garra nazi más dura, era su mejor apuesta. Con un hatillo de ropa, los dibujos de Nuria, y una foto borrosa de su boda, partieron hacia lo desconocido.

El viaje fue un calvario. Los trenes, abarrotados de familias y soldados desertores, olían a sudor y desesperación. Nuria, apenas una niña de ojos grandes, se aferraba a Nina, llorando cuando los vagones traqueteaban bajo inspecciones alemanas. Quim, con la tos que aún lo perseguía desde los Pirineos, vigilaba las puertas, listo para mentir si un oficial preguntaba.

En un control, un soldado nazi, con la cara marcada por el cansancio, revisó sus papeles (falsos), conseguidos por un exiliado en el pueblo. “Espagnols?”, gruñó, y Quim, con una calma que no sentía, asintió: “Réfugiés, monsieur”. El hombre los dejó pasar, pero el miedo quedó pegado a sus

pieles. Caminos embarrados y noches al raso completaron el trayecto, hasta que Rennes apareció, gris y brumosa, un refugio incierto en un mundo en llamas.

En Rennes, encontraron un piso pequeño en la Rue du Pré Botté, justo frente a la plaza del correo, un corazón palpitante de la ciudad ahora silenciado por la guerra. El edificio, de piedra gastada y escaleras que crujían, era un laberinto de vecinos callados: franceses temerosos, exiliados españoles, algún polaco huyendo de lo mismo.

El piso, en el tercer piso, era modesto pero suyo: dos habitaciones estrechas, una sala que se fundía con la cocina, y un baño compartido en el rellano, donde el agua fría era un lujo. La puerta, de madera astillada, chirriaba al abrirse, revelando un suelo de tablas desgastadas que gemían bajo los pasos. Las paredes, pintadas de un blanco sucio, tenían manchas de humedad que Nina cubrió con telas

remendadas, dando un toque de hogar. La sala, el alma del piso, tenía una mesa coja de roble, cuatro sillas desparejas, y un armario que olía a naftalina, donde guardaban ropa y los dibujos de Nuria. Una estufa de hierro, que Quim alimentaba con leña robada, luchaba contra el frío bretón, llenando el aire de un humo acre pero cálido.

La ventana de la sala, alta y con marco de madera podrida, era el ojo del piso. Daba a la plaza del correo, un cuadrado de adoquines donde antes los carteros silbaban y ahora los soldados alemanes marchaban, sus botas resonando como un metrónomo cruel. Por las mañanas, la luz entraba en rayos tímidos, pintando el suelo de oro pálido y calentando la mesa donde Nina cortaba pan duro.

Desde allí, veían el ir y venir de Rennes: mujeres con cestas vacías, niños jugando a escondidas, oficiales nazis fumando en las esquinas. La plaza, con su fuente seca y su

reloj parado, era un espejo de la ciudad: viva pero herida. Nina, cosiendo junto a la ventana, observaba a Nuria dibujar en la mesa, capturando en papel un mundo sin alambradas. Quim, al volver del trabajo, se paraba allí, mirando la plaza con un cigarrillo imaginario el tabaco era un lujo perdido y murmuraba: “Esto no es Barcelona, amor, pero es nuestro”.

La cocina, un rincón apretado, olía a patatas hervidas y hierbas secas que Nina guardaba en frascos rotos. Un fogón de gas, que fallaba más que funcionaba, era su campo de batalla, donde convertía migajas en guisos: sopa de cebolla aguada, lentejas con piedras que había que esquivar.

El fregadero, de metal oxidado, goteaba sin parar, y Quim, con su ingenio de mecánico, lo arreglaba cada semana, maldiciendo en catalán. Una cortina raída separaba la cocina de la sala, dando una ilusión de orden.

Las habitaciones eran aún más austeras: en una, Quim y Nina dormían en un colchón hundido, con mantas que no abrigaban lo suficiente; en la otra, Nuria tenía una cama estrecha, con un baúl donde guardaba sus lápices y un osito de tela que Nina le cosió. El baño compartido, con su olor a moho y tuberías viejas, era una prueba diaria, pero Nina, con su risa suave, bromeaba: “Al menos tenemos agua, amor. Es más de lo que teníamos en los Pirineos”.

La Segunda Guerra Mundial los envolvía como una niebla densa. Rennes, bajo ocupación nazi, vivía encadenada. El racionamiento dejaba las tiendas vacías, y Nina pasaba horas en colas por un mendrugo de pan o un puñado de carbón. Los toques de queda cortaban las noches, y las sirenas antiaéreas, que anunciaban bombardeos aliados, eran un recordatorio de que la libertad estaba lejos.

Los soldados alemanes patrullaban la plaza, requisando casas, interrogando a cualquiera con acento extraño. Quim y Nina, como exiliados españoles, caminaban con la cabeza gacha, temiendo que un oficial reconociera su pasado. Los rumores de deportaciones a campos en Alemania o a las garras de Franco los mantenían despiertos, susurrando planes de escape que nunca concretaban. “Si vienen por nosotros, amor, corremos otra vez”, decía Quim, y Nina, apretándole la mano, respondía: “Siempre juntos”.

Quim trabajaba en un taller mecánico a las afueras, un galpón lleno de camiones requisados esta vez por franceses. Sus manos, aún marcadas por la grasa de Barcelona, danzaban sobre motores con una precisión que impresionaba a los franceses que vigilaban cada tornillo. “Espagnol, travaille vite!”, ladraba un capataz, y Quim, mordiéndose la lengua, obedecía, aunque en su mente

maldecía en catalán. El sueldo, miserable, apenas alcanzaba para pan y leña, pero Quim traía a casa tuercas sueltas y cables rotos, inventando juguetes para Nuria: un carrito que hacía reír a la niña, un molinillo que giraba con el viento. En el taller, oía rumores de la Resistencia, franceses que saboteaban trenes y escondían judíos. Quim, con su corazón rebelde, quería unirse, pero Nina lo frenaba: “Ya no es solo por nosotros, amor. Es por Nuria”. Él asentía, pero sus ojos brillaban con la misma chispa que en los sótanos de Barcelona.

Nina, con su don para curar, trabajaba como costurera y enfermera improvisada. Cosía uniformes para los vecinos, remendando abrigos con hilo que se deshacía, y ganaba unas monedas extra. Pero su verdadero lugar estaba en un hospital clandestino, un sótano donde exiliados y resistentes llevaban heridos: soldados aliados escapados, civiles

atrapados en bombardeos. Allí, Nina vendaba heridas con trapos limpios, calmaba fiebres con agua fría, y hablaba en español a los que temblaban de dolor. “Aguanta, amigo. Esto pasa”, decía, con la misma voz que usaba para Nuria en las noches de sirenas. Los médicos, franceses agotados, la llamaban “l’Espagnole aux mains d’ange”, y ella sonreía, pensando en las monjas que la criaron. Cada noche, al volver al piso, traía un pedazo de pan o una zanahoria robada, y Quim, bromeando, decía: “Eres mejor ladrona que yo, amor”.

Nuria, a su corta edad, era el sol del piso. En la escuela local, un edificio de piedra con maestras de rostro duro, aprendía francés con una facilidad que asombraba. Pero en casa, Nina le enseñaba español, leyendo versos de Lorca a la luz de una vela. “No olvides Barcelona, pequeña”, decía, y Nuria, con su cuaderno gastado, dibujaba mares y montañas

que solo conocía por cuentos. Sus dibujos un sol rojo, una plaza con palomas cubrían las paredes del piso, dando color a la tristeza. Durante los bombardeos, cuando las sirenas aullaban y corrían a la bodega del edificio un sótano húmedo que olía a moho, Nuria se apretaba contra Nina, pero no lloraba. “Dibujaré el ruido, mamá”, decía, y Quim, abrazándolas, reía: “Eso, mi revolución. Haz que el miedo sea bonito”.

La vida en Rennes era un equilibrio precario. Las noches de bombardeos, con explosiones que sacudían la plaza, los unían en la bodega, donde Nina cantaba bajito para calmar a Nuria. Los días de racionamiento, cuando el guiso era solo agua con sal, Quim inventaba historias de banquetes en Barcelona, haciendo reír a la niña.

Los exiliados españoles del pueblo, reunidos en casas frías, compartían lentejas y cantaban “Ay, Carmela”, un eco

de su tierra perdida. Pero la esperanza crecía como una chispa. Se escuchaban rumores de los aliados avanzando. Una mañana, Nina, colgando ropa en el balcón una cuerda tensa junto a la ventana, vio a vecinos correr, gritando: “¡Han llegado!”. Quim, con Nuria de la mano, salió al balcón, y la plaza estalló de gente, Nina y Quim, abrazados, miraron la plaza, sabiendo que la guerra no había terminado, pero el piso, con su mesa coja y sus paredes húmedas, seguía siendo su fortaleza.

Capítulo V

Rennes, era una ciudad encadenada por la Segunda Guerra Mundial. Las sirenas antiaéreas cortaban el aire, los soldados nazis patrullaban la plaza del correo, y el racionamiento dejaba las mesas vacías. Pero en el pequeño piso de la Rue du Pré Botté, Quim, Nina, y Nuria forjaban un refugio de amor contra el caos. El edificio, con sus escaleras crujientes y paredes húmedas, era su fortaleza, y la sala, con su ventana alta que miraba la plaza, su corazón. Allí, la mesa coja de roble, las sillas desparejas, y los dibujos de Nuria pegados en las paredes daban calor a un mundo helado. Nina cosía junto a la ventana, Quim traía historias del taller, y Nuria, con sus ocho años, llenaba el piso de risas y colores. Sin embargo, la guerra no les daba tregua, y la esperanza, aunque viva, temblaba como una vela en el viento.

En ese frágil equilibrio, llegó Jacky, un torbellino que cambió todo. Nina, con su embarazo marcado por colas de racionamiento y noches de sirenas, dio a luz, en un hospital improvisado donde las monjas francesas trabajaban sin descanso. Quim, esperando fuera con Nuria en la rodilla, oyó el llanto del niño y corrió a la sala, donde Nina, agotada pero radiante, lo abrazó. “Es nuestro Joaquín”, susurró, adaptando el nombre al francés que los vecinos usarían: Jacky. El bebé, con mejillas rojas y una energía que parecía desafiar la guerra, trajo una luz nueva al piso. Nuria, fascinada, lo miraba dormir, dibujando su carita en un papel gastado. “Es como un sol pequeño, mamá”, dijo, y Nina, riendo, asintió. Quim, alzándolo con manos temblorosas, bromeó: “Este tiene gasolina en las venas, como yo”. En un mundo de sombras, Jacky era un grito de vida.

Criar a un recién nacido bajo la ocupación era un desafío titánico. La leche escaseaba, y Nina, con su ingenio, mezclaba agua con harina para alimentarlo, mientras Quim robaba carbón para calentar el piso. Las sirenas, que antes asustaban a Nuria, ahora despertaban a Jacky, cuyo llanto resonaba en la bodega donde se escondían durante los bombardeos. Nina, meciéndolo bajo la mesa, cantaba canciones catalanas que las madres catalanas solían cantar, calmando su miedo y el de Nuria. Quim, vigilando la plaza desde la ventana, apretaba los puños, sabiendo que su pasado republicano los ponía en la mira. Pero Jacky, con su risa fácil y sus manitas que agarraban todo, era una razón para seguir. Nuria, con la paciencia de una hermana mayor, le hacía juguetes con cordel y madera, y el piso, aunque frío, se llenaba de un calor que los nazis no podían tocar.

Poco más de un año después, en una primavera, llegó Liliane, como un susurro tras el huracán de Jacky. Nina, agotada por el hambre y la guerra, dio a luz en casa, ayudada por una vecina exiliada y una monja que arriesgó el toque de queda.

Quim, con Jacky dormido en una silla y Nuria trayendo agua, sostuvo la mano de Nina, susurrándole: “Eres más fuerte que todo esto, amor”.

Cuando Liliane nació, con ojos profundos y un llanto suave, el piso pareció detenerse. La llamaron “La Poupée” (que significaba muñeca en francés), por su rostro delicado, pero Nina vio en ella una voluntad de acero, como la suya. Nuria, ahora con tan solo unos años mas, dibujó a su hermanita envuelta en una manta, mientras Jacky, gateando, intentaba tocarla, riendo. Quim, alzándola con

cuidado, dijo: “Esta es nuestra calma, Nina”. Liliane, en un mundo de sirenas y botas, era un latido de paz.

Con dos bebés, el piso de la Rue du Pré Botté se convirtió en un caos hermoso. La sala, con su mesa rayada, era un campo de juegos donde Jacky, a sus primeros pasos, trepaba sillas y desarmaba todo, mientras Liliane, más quieta, observaba con ojos que parecían entenderlo todo. La cocina, con su fogón caprichoso, olía a sopa aguada que Nina estiraba con cebollas robadas. La ventana, que miraba la plaza ahora vigilada por nazis, dejaba entrar una luz que iluminaba los dibujos de Nuria: mares de Barcelona, soles que nunca veía. Las habitaciones eran un puzzle: Quim y Nina dormían en un colchón hundido, Nuria en una cama estrecha, y los bebés en cunas hechas de cajas, acolchadas con telas remendadas. El baño compartido, con su olor a

moho, era una carrera contra los vecinos, pero Nina, riendo, decía: “Hemos vivido cosas peores, amor”.

La guerra apretaba como una garra. El racionamiento dejaba las tiendas vacías, y Nina, con Liliane en brazos y Jacky de la mano, esperaba horas por un mendrugo de pan, intercambiando susurros con otras madres en la plaza del correo. Quim trabajaba en el taller mecánico, arreglando camiones y coches. El sueldo, una miseria, apenas pagaba la leña, pero él traía tuercas para Jacky, que jugaba a ser mecánico, y trozos de madera para Nuria, que tallaba figuras. Nina, cosiendo uniformes y vendando heridos en un sótano clandestino, era el ángel de los resistentes, calmando dolores con su voz suave. “Aguanta, amigo”, decía, y volvía al piso con una zanahoria o un suspiro.

Nuria, con su mezcla de niña y adulta, era el puente de la familia. En la escuela, destacaba en francés y dibujo, pero en casa enseñaba a Jacky palabras en catalán y acunaba a Liliane cuando Nina cosía. Sus dibujos árboles, coches, un mar que soñaba cubrían las paredes, dando color a la tristeza. Durante los bombardeos, cuando corrían a la bodega húmeda del edificio, Nuria inventaba cuentos: un bosque donde Jacky conducía trenes voladores, un castillo donde Liliane era reina. “El ruido es solo un dragón, y nosotros lo vencemos”, decía, y Nina, abrazándolos, sentía orgullo y miedo. Quim, en la bodega, cantaba “Suspiros de España” bajito, recordando Barcelona, y Nuria, con su lápiz, dibujaba el miedo para hacerlo pequeño.

A pesar del terror, la familia mantenía tradiciones que eran su ancla. Las Navidades, aunque pobres, eran magia pura. Quim y Nina, con las manos vacías pero el corazón

lleno, convertían la mesa coja en un altar de amor. Un mantel remendado cubría las rayas, y Nina hacía un caldo con huesos y hierbas, tostand pan duro con una gota de aceite. Nuria, con Jacky y Liliane, decoraba una rama de pino como árbol, colgando hilos y tuercas brillantes. Papá Noel, adoptado de los franceses, llegaba con regalos humildes pero vivos. Para Jacky, Quim restauraba un tren de madera encontrado en el taller, lijándolo con cuidado y pintándolo rojo con restos de pintura del taller. “¡Chu-chu!”, gritaba Jacky, rodándolo por el suelo, mientras Nuria reía. Para Liliane, Nina cosía un vestido nuevo para la muñeca de Nuria, ahora suya, con retazos de una cortina vieja y botones como ojos. “¡Mi Poupée está guapa!”, decía Liliane, abrazándola, y Quim, guiñando, bromeaba: “Más guapa que yo, no”. Esas noches, con velas parpadeando, eran un desafío a la guerra: aquí estamos, vivos, juntos.

Las sirenas seguían aullando. Jacky, con su espíritu indomable, las ignoraba, corriendo por la sala como si fueran un juego. “¡Es un coche grande!”, decía, mientras Nina lo atrapaba para bajar a la bodega. Liliane, más frágil, temblaba con cada estruendo, escondiéndose bajo la cama o tras el armario, con su muñeca apretada. Nina, gateando tras ella, susurraba: “Estamos seguras, mi niña”, y la sacaba con canciones catalanas que calmaban su miedo. Quim, vigilando la ventana, veía la plaza vacía bajo las bombas aliadas, sabiendo que cada explosión era un paso hacia la libertad, pero también un riesgo para su hogar. En la bodega, entre vecinos temblorosos, Nina cantaba para los niños, y Nuria dibujaba, convirtiendo el caos en líneas que podía controlar.

La liberación llegaría pronto, como un amanecer tras una noche eterna. Los rumores de los aliados avanzando

crecieron, y una mañana, mientras Nina colgaba ropa en el balcón, oyó gritos en la plaza. “¡Han llegado!”, exclamaban los vecinos, ondeando banderas tricolores. Quim, con Nuria de la mano y Jacky en brazos, salió con Nina y Liliane. La plaza del correo estalló en vítores: tanques aliados rodaban, soldados estadounidenses repartían chocolate.

Jacky, fascinado, gritaba: “¡Coches grandes!”. Liliane, tímida, aceptó una chocolatina que Nuria le abrió, sonriendo por primera vez en días. Quim y Nina, abrazados entre la multitud, dejaron caer lágrimas de alivio. Habían sobrevivido dos guerras, dos exilios, y ahora, con tres hijos, miraban un futuro incierto pero libre.

Esa Navidad, la mesa fue un poco más rica: un vecino compartió queso, Nina horneó un pastel pequeño con harina prestada. El tren de Jacky tenía un vagón nuevo, tallado por Quim en secreto, y Liliane su muñeca lucía esta

vez un vestido azul, cosido con retazos de una bandera aliada. Nuria dibujó a la familia en la mesa, capturando a Jacky riendo, Liliane abrazando su Poupée, y a sus padres mirándose como si el mundo fuera solo ellos. Para Quim y Nina, ver a Nuria, Jacky, y Liliane juntos, soñando en un piso que olía a lucha y amor, era la victoria más grande.

La guerra no había terminado, pero en la Rue du Pré Botté, su familia era un faro que ninguna bomba podía apagar.